



TEATRO Y VIDA

Por Fernando Lázaro Carreter

(De la Real Academia Española)

"Nacimiento, pasión y muerte de... por ejemplo: tú" de Jesús Campos García

EL señor Campos García se propuso construir una nuez. Lo cual parece muy loable intento, sobre todo si no se es nogal. El método para construir nueces difiere mucho, como es notorio, del que se aplica para la fabricación de tubos. Todo el mundo sabe que para crear un tubo basta tomar una masa cilíndrica de nada y rodearla de algo. La nuez, en cambio, requiere disponer previamente de un *nucleus* (voz latina que significa, precisamente, parte comestible de la nuez, y también de la almendra), al que hay que revestir con una corteza ovoide, rugosa y dura. Las dificultades para dar a luz un fruto así superan con mucho a las que presenta el parto de un tubo, por lo cual, en muchas ocasiones, los fabricantes de nueces soslayan el problema aplicando a su tarea el método tubular. La corruptela consiste, explicada con sencillez, en coger un trozo de nada y dotarlo de un pericarpio gordo, tozudo y rebelde al cascado.

A simple vista y por fuera, el producto no se diferencia del de ley, pero, al abrirlo con obstinado esfuerzo, la ausencia de *nucleus* frustra al más pintado. Los fabricantes se excusan diciendo que los nogales suelen gastar también esa broma. Y es verdad. Pero es que los nogales carecen de cordura, y nadie va a enfadarse con ellos porque sufran distracción. La disculpa no vale: si un autor se propone hacer una nuez, debe hacer una nuez, con sus ricos cotiledones plenos.

El señor Campos García nos ha mostrado en el Teatro Alfíl su alumbramiento: una nuez dura ovoide y hermética, con el nombre potenciado por un gracioso anacoluto: *Nacimiento, pasión y muerte de... por ejemplo: tú*. Rebeldía gramatical que conviene muy bien al fuera leñoso y nada gentil del objeto exhibido. He aquí los elementos visibles y audibles de esa costra. Un caballero con chistera tiene a sus pies, encadenada, una criatura gimiente. ¿Qué dice el caballero? Pregunta a la cuitada si acaso canta porque está saliendo el sol (pero en la lobreguez de la escena no apunta ninguna aurora). El caballero se empeña en que su víctima entone «Tengo una muñeca vestida de azul», ocurrencia bien extraña, dadas las circunstancias, pero que algo significa. ¿Se lo imagina el lec-

tor? Pues resulta fácil: el caballero es símbolo del tirano, del dictador, del fascismo, de la muerte, de cuanto nos arrebató alegría y libertad. Esto se entiende a pesar de los largos párrafos indescifrables con que un aparecido glosa la escena desde un rincón. Material retórico de arrastre (lorquiano, nerudiano, surrealista), que se mantendrá en cuantas ocasiones el autor se calza el coturno trascendente.

La estampa que sigue es popular: una procesión andaluza, con su guapa Virgen en un trono por el cual trepan gradillas de velas que llena el escenario. Saetas muy metafísicas, algún «flash» dialogado que debe ser mordiente. ¿Qué quiere decir esto? Yo le pongo una intención, para entenderlo: la religión como alienación y excipiente del plautino «homo homini lupus». Y prosigue el lento giro de la nuez. Otra plaga de los hombres: guerra, asesinatos políticos, dolor de inocentes. Suenan sirenas, tiros, estallidos, gritos... Basta aquella instantánea para que confirmemos nuestra opinión de que la guerra es mala.

Luego (me ffo de mi memoria) hay un diálogo entre una madre y una hija la cual, para liberarse, abandona su casa como una herofna de Serrat, que hablara el lindo lenguaje de Casona. No sé qué hace allí esa escena, pero desempaña su papel para completar la cáscara. A continuación, farsa de guifón con niños progres; ignoro si es una sátira de la progresía (me inclino a pensar que sí) o su exaltación. Me parece que viene alguna cosa después, pero se me ha borrado. Lo que sí recuerdo —no lo olvidaré nunca— es lo siguiente: toda la violencia de que es capaz la mecánica del ruido estalla en la sala del Alfíl, hace trepidar butacas y lámparas, somete a prueba la estructura del edificio, y cae como irresistible catarata sobre el público, que ha de sujetarse como puede para no ser levantado por ella, volteado y arrastrado hasta la calle del Pez. Tremenda prueba.

¿Que para qué se desata este ciclón? Para que en su vórtice baile un actor, patética, descoyuntadamente, simbolizando el asedio que el hombre sufre, el feroz ataque que contra él lanzan los malos y los males del mundo, su lucha para sobrevivir que lo convierte en puro dolor,

en desperdicio para la muerte. Se justifica, pues, el largo reventón musical, como símbolo de tan cósmica idea. Por fin, la riada cede, el estruendo entra en razón y se acompasa y suaviza, y endulza. El bailaror —el hombre— ha fallecido, y la vida, bobísima, sigue en forma de santo matrimonio a la española, como diría Romero Esteo. Satisfacción fácil, y final: toda la compañía, encapuchada, portando farolillos que la convierten en tropa de diógenes buscando al hombre, recorre el patio de butacas, sumido en total oscuridad, y cantando una salmodia muy quejumbrosa —todo lo que se diga es poco— de la que recuerdo este trozo:

Esta oscuridad que nos rodea no tiene nada dentro: está vacía.

Exacto: es la conclusión a que llega el espectador (a la que yo llegué al menos) cuando termina de ver la nuez, y ha hecho esfuerzos titánicos para abrirla, y ha hallado dentro eso que he dicho. Pero, ¿es que le parece a usted poco —me preguntará tal vez alguno de mis lectores— un meollo donde se combinan libertad y muerte? Hasta en la nuez más buena hay unas briznillas de sustancia, pero no justifican el esfuerzo de romperla. El drama de Jesús Campos es una «oversimplification» de grandísimos temas, un alfilerazo leve y no una estocada al poderoso toro.

Y esto me parece grave en él y en otros muchos autores jóvenes que tratan de arrumbar el teatro de la derecha: cambian de signo pero no de hondura, sustituyen la retórica pero discurren por las mismas superficies, se envuelven en mucha noche que no alumbra albas nuevas. ¿Valen la pena alforjas tan complicadas para viaje tan corto? Volveré pronto sobre esta cuestión preocupante. Quédame sólo añadir que *Nacimiento, pasión, etcétera*, no corresponde al notable currículum de su autor. Pero sin tardar mucho habremos de verlo en un empeño más comprometido: obtuvo el Premio Lope de Vega en 1974, y su obra tendrá que representarse en un Teatro Nacional. Sin vacilación puede afirmarse que excederá notablemente la calidad de este breve apunte del Alfíl. Como prenda de que así ha de ser, contamos con su drama *En un nicho amueblado*, premio Arniches, el cual, aprovechando el estiaje teatral comentaré pronto aquí para que mis lectores corrijan la imagen de Jesús Campos, que en esta crónica, y en función de lo que he visto, no he tenido más remedio que dar.